

EL DE LA CALLE VITERI *un número fantasma*

Maite Ruiz de Azúa

Pues señor, yo nací en una fría noche de invierno, en el primer piso del número 19 de la calle Viteri. No fueron muchos los años que pasé en aquella casa, casi siete pero los siete primeros, por eso tal vez la recuerdo como si se tratara de una antigua fotografía en blanco y negro, borrosa y oscura en alguna de sus esquinas, con un aspecto fantasmal del que no he logrado desprenderme ni siquiera ahora que la casa ya no está.

Curiosamente, aunque levantaron otro edificio en su lugar, le dieron a éste la entrada por otra calle, de manera que el número 19 de la Viteri sigue perteneciendo a la casa desaparecida.

Era una casa gris, vieja, viejísima, a saber desde cuándo tendría ya ese aspecto. Estoy segura de que cuando mis abuelos alquilaron la casa veinte años atrás ya parecía igual de vieja.

Para entrar en el portal había que atravesar una puerta de dos hojas: la una siempre estaba cerrada, la otra abierta o entornada; cuando se encontraba así era terrible porque solía costar un gran esfuerzo empujarla. Por la noche, permanecía cerrada del todo, de forma que había que golpear el gran aldabón en forma de puño para que algún vecino bajara a abrir la puerta. Yo, por supuesto, jamás llegué a hacerlo sonar, y no por falta de ganas, sino porque no tenía suficiente altura para ello.

Me producía cierto temor atravesar el largo portal, con sus baldosas naranjas medio resquebrajadas, porque estaba casi siempre en penumbra, y olía a rancio, a cepillo y a lejía. Y la verdad es que tampoco me hacía mucha gracia salvar las pocas escaleras que había hasta la puerta de casa y eso que sólo era un piso. ¡Estaba tan oscuro!, por eso la mayoría de las veces subía y bajaba a la carrera. La casa de Viteri 19 tenía tres pisos, pero yo nunca llegué a pasar del segundo, y si subía hasta allí era porque encima de nosotros vivía la familia Mimendia, con la que manteníamos mucha relación. A menudo nos escapábamos mis hermanos y yo a hacerles una corta visita. Pero de intentar subir más arriba ¡ni hablar!, sólo sé que en el último piso vivía la dueña del inmueble, que era muy seria, que vestía siempre de negro (ahora sé que se debía a su condición de viuda, pero entonces me causaba pavor), y que no le gustaba que armásemos demasiado barullo.

Al que sí recuerdo con especial cariño es al carnicero que tenía su establecimiento debajo de nuestra casa. Se llamaba Evaristo, y si en un principio llegó a asustarme cuando le veía aparecer con su delantal salpicado de sangre y un enorme cuchillo o machete en la mano (creo que lo relacionaba con el ogro que quería zamparse a Pulgarcito y sus hermanos que había visto en el libro de cuentos de Josean), con el tiempo y a base de obsequiar-

me con lonchas de jamón cocido y mortadela, le perdí el miedo, e incluso cuando pasaba por el portal, entraba un momento en su carnicería para mandarle un saludo. Sí que le debía de tener afecto porque durante un montón de años pensé que todos los carniceros del mundo se llamaban Evaristo.

También había una tienda de ultramarinos, pero aquí me agobiaba entrar porque el local era estrecho y estaba permanentemente abarrotado de cajas y señoras, que te desplazaban de un lado a otro a golpe de cadera y bolsa de la compra. Así que el único interés que logré encontrar a la tienda fue un enorme gato que solía dormir encima de los pimientos.

Más interesante era la chatarrería, tan misteriosa y llena de cachivaches como la cueva de Ali Babá. Lo mejor era, sin embargo, que a cambio de un montón de periódicos viejos, nos daban cuatro perras, que corríamos a gastar en la panadería de la señora Leo. La inversión consistía, por lo general, en un par de bolsas de pipas, de ésas que tenían un triste toro dibujado en el envase. A mí me daba un poco de pena el pobre bicho con la lengua fuera, a punto de morir en la plaza, expresando su último deseo, mientras a su lado un torero cabezón sonreía satisfecho ante la grandiosa faena. Quedaba esta panadería como un pequeño edificio independiente a la entrada del callejón de Morranguilleta y lo más atractivo era su enorme terraza, a la que subía la gente cuando se trataba de contemplar algún espectáculo en la calle Viteri. Pero a mí el mayor espectáculo era ver cómo salía la señora de la tienda, enfurruñada por el montón de saltos y pisadas que tenía que escuchar sobre su cabeza, y con gritos y aspavientos acababa echando de su terraza a los intrusos. A veces los chicos se subían sólo por el placer de verla rabiar.

La situación de la casa era privilegiada, nuestra vivienda hacía esquina, daba por un lado a la calle Viteri y por el otro al entonces llamado callejón de Morranguilleta (que, por cierto, tampoco era el original callejón de Morranguilleta), por donde no pasaba apenas coche alguno, por no estar ni siquiera asfaltado, y digo que era privilegiada porque desde allí se podían contemplar los acontecimientos más importantes de nuestro pueblo, al menos los que puede recordar una niña de corta edad: los alardes multicolor de dantzaris y poxpoliñas o el paso de gigantes y cabezudos que tenía lugar durante las Madalenas, el desfile de la Cabalgata de Reyes, incluso llegó a quitarme el sueño aquella vez en que les estaba contemplando desde el balcón y Su Majestad Melchor me envió un saludo especial.

Hasta que un día, recogimos todas nuestras cosas y nos fuimos a vivir a otra casa más nueva y linda.

Sin embargo, no pude llevarme todo, hay muchas cosas que dejé en el 19 de la calle Viteri: los primeros pasos que corrí, pasillo arriba, pasillo abajo; algunos de mis dientes que recogió el ratoncito Pérez; unos garabatos en la pared de la sala que pretendían ser retratos de familia; los duelos de vaqueros que organizaba mi hermano y las aventuras que compartía con mi hermana para huir del hambriento cocodrilo de la isla de Nunca-jamás; y... también se quedó mi abuelo en aquella casa del 19 de la Viteri, en un número fantasma.

